

## OMNIUM TENENS n. 9

SAN BUENAVENTURA, *Collationes in Hexaëmeron* I, 10  
**Amor y vocación franciscana**

«*Non est perfecta cognitio sine dilectione*» (San Buenaventura de Bagnoregio)

Podemos decir que el amor es la base de nuestra vocación franciscana, un amor sincero y profundo a Cristo y a los hermanos, como lo vivió S. Francisco.

Cuando hablamos de amor en el ámbito cristiano, pensamos inmediatamente en el amor de Dios, cuyo objeto y meta somos nosotros, y también culmen, si correspondemos a dicho amor. Pero el amor divino es perfectísimo, eterno, duradero. Cuando ese amor quiere encarnarse en nuestra existencia personal, cuando pretende convertirse en el alma de nuestras comunidades, entonces la cuestión resulta más compleja y difícil.

¿Qué significa amar? ¿Cómo amó S. Francisco? El amor es un poder activo en el hombre, una fuerza que elimina las barreras que dividen a las personas, anula lo que las aísla de los demás y tiende a la unión, preservando y favoreciendo siempre la personalidad de cada uno. Se trata de una fuerza que construye relaciones familiares, es decir, la esencia de nuestra convivencia fraterna. Amar a S. Francisco y amar el carisma que Dios le otorgó significa desear vivir activamente lo que él vivió, aunque sigamos siendo nosotros mismos; significa dejar que nuestra persona sea involucrada en el amor. Amar a nuestro fundador significa desear *entregarnos*, como él se entregó a todos, experimentando así la comunión con Dios, con la creación y con los hermanos y hermanas.

Como poder activo, el amor crea; de él proceden la vida y la belleza. Francisco sabía captar la belleza y la bondad de Dios en todas y cada una de las criaturas, reconocía el profundo significado de las palabras que Dios pronuncia ante la obra de sus manos: “*Y vio Dios que era bueno*”. Platón decía que el amor no es sólo deseo de la belleza, sino también deseo de crear en la belleza<sup>1</sup>, de salir de sí mismo, como belleza y bondad. San Francisco se enamoró de Dios, suma belleza, y buscó la belleza en todas las cosas, en sentido profundo.

El amor es también activo porque nos ayuda a madurar personalmente, pues para amar hay que crecer: si no tratamos de desarrollar nuestra personalidad, todo intento de amar fracasará; nunca conseguiremos satisfacer nuestra sed de amor si no intentamos amar a los demás con humildad, fe y valentía, dispuestos a salir de nosotros mismos, a comprometernos y entregarnos.

Maduramos personalmente como franciscanos en la medida en que tratamos de amar a Cristo y a los hermanos de esa manera y desarrollamos esas virtudes. Así, el amor nos va transformando poco a poco y nos acerca a nuestro fundador. De hecho, no hay nada mejor que el amor para conducirnos al conocimiento auténtico del carisma que estamos llamados a vivir. Y el mejor modo de vivirlo es amarlo, pues, como escribe Erich Fromm, “el acto de amar trasciende el pensamiento, trasciende las palabras” (*El arte de amar*).

A la luz de esta verdad podemos preguntarnos cómo se puede crecer en la capacidad de amar y cómo podemos concretar adecuadamente el amor en nuestras obras y opciones. El estudio, animado por un amor profundo y apasionado, puede ser un camino. Pero ello implica, teniendo en cuenta el significado originario de la palabra, diligencia, aplicación y compromiso, es decir, requiere un amor que se convierte en esfuerzo fiel para orientar las propias fuerzas, disciplinándolas, hacia el conocimiento del don que Francisco ha recibido de Dios para nosotros, válido ayer y hoy.

Hemos de añadir que el amor conlleva algunos valores muy importantes, fundamentales especialmente para nosotros, franciscanos, si consideramos la experiencia de nuestro Seráfico Padre. El amor requiere *diligencia, responsabilidad, respeto, conocimiento*. Se trata de dimensiones tanto humanas como divinas, que hacen nuestra vida comunitaria y nuestro testimonio eclesial mucho más ricos y vivos, cálidos y cercanos a la vida de las personas.

El amor es *diligencia*, es decir, atención cuidadosa y compromiso con el bien del otro. La diligencia nos hace activos y nos lleva a buscar la vida y el crecimiento del otro, nos sensibiliza ante sus verdaderas necesidades y nos lleva a socorrerlo. Esto requiere “trabajar” a favor del otro, pues en realidad trabajo y amor son inseparables. No conseguiremos “trabajar” verdaderamente si no amamos aquello o a aquel con el que nos comprometemos.

La atención y el interés por el otro suponen también *responsabilidad*. Se trata de la respuesta a la necesidad del otro, incluso cuando ésta no se expresa explícitamente, sobre todo la necesidad de ser atendido

---

<sup>1</sup> *Simposio*, 206 E.

por otra persona. La responsabilidad significa, pues, sentirse comprometido con la vida y el crecimiento del otro. Esto conlleva un nuevo elemento importante: el *respeto*, es decir, la capacidad de ver al otro tal como es, y no según la idea o el esquema que yo me he forjado de él o según las expectativas que he puesto en él. Este elemento es especialmente importante para nosotros, franciscanos, llamados a vivir en *fraternidad*. La plenitud de la vida fraterna sólo es posible si nos reconocemos recíprocamente tal como somos y nos servimos unos a otros, promoviendo cada uno el crecimiento y el bien del otro. Así, estamos llamados a *adaptarnos* los unos a los otros.

Sin respeto no puede haber verdadero *conocimiento* en el amor. Y si no se conoce amando o si no se ama de verdad, no se conoce plenamente, sino de modo superficial. Todos nosotros sentimos una profunda sed de conocerlo todo, especialmente al otro, y sobre todo a aquellos con los cuales compartimos nuestra existencia, ya sean los hermanos de la comunidad o las personas a las que hemos sido enviados. Para conocer mientras amo, se requiere mucha paciencia, humildad y valor. Esto vale para todas las personas y para las relaciones humanas de cualquier tipo y, por consiguiente, también para nuestra vida y carisma franciscanos. El conocimiento de nuestro carisma será muy difícil y muy parcial sin amor auténtico: amor a Cristo, a Francisco, amor a lo que Dios nos ha dado a través de él, paciencia y humildad en la vida cotidiana.

Dicho conocimiento, precisamente porque requiere humildad y valor, exige también esfuerzo, estudio, búsqueda y valentía en el anuncio y el testimonio. Amar requiere madurez, capacidad de dominar los propios instintos, los deseos pasajeros y a menudo sólo pasionales, para poder comprometerse con disciplina en el conocimiento auténtico, con respeto, responsabilidad y diligencia.

Nuestra vocación requiere, pues, humildad para acoger nuestro carisma y valor para vivirlo de manera creativa y adecuada a nuestro tiempo y a las necesidades de los hombres y mujeres de hoy. Y esto exige estudio inteligente, compromiso de vida, reflexión profunda y atenta, encarnada siempre en la realidad en que vivimos.

La celebración del octavo centenario de la aprobación oral de la Regla nos invita a tener en cuenta todo esto, con esa actitud profunda que Platón nos recuerda: cuando se ama, se desea crear. Dicha conmemoración nos lleva a preguntarnos cuánto amamos el carisma franciscano y nos plantea la necesidad de amarlo cada vez más y mejor, suscitando siempre vida nueva. Además, nos invita también a reflexionar y a preguntarnos si estamos dispuestos a amar, a “ensuciarnos las manos” haciéndonos cargo los unos de los otros, para reparar así la Iglesia y la humanidad de hoy.

Que el tiempo litúrgico de la Cuaresma, que nos prepara para la Pascua, celebración solemne de la vida de Dios, siempre nueva, alma de toda la realidad y de toda criatura, sea una ocasión propicia para profundizar en los ricos contenidos humanos y espirituales de nuestro carisma franciscano.

P. Zdzisław J. Kijas, OFMConv  
*Presidente de la Facultad*

Miércoles de Ceniza, 2009